

TRES CARTAS A ESTHER DE CACERES

Los originales de estas cartas se custodian en la Sección Literatura Uruguay del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Forman parte de la correspondencia enviada por Espínola a Esther de Cáceres, que fue entregada —como donación— por el propio Espínola, unas semanas antes de su deceso.

TRES CARTAS A ESTHER DE CACERES

París, Mayo 18 - 1959.

Querida Esther: Muchas gracias por tus cartas, que me hacen mucho bien. La última que pudo constituirme una tremenda pena, atenuó mi tristeza porque ya conocía la desgracia de la pobre María Cantú. Yo sentía (¡Cómo se siente!) que ella me quería mucho. La quería yo, pues, doblemente. Por ella misma y por gratitud, (¡Cómo se agradece, Esther!).

Hace como un mes (desde entonces estoy por escribirte) fui a Batignolles. En la puerta del Cementerio, uno de los guardias que allí estaban me indicó dónde se halla nuestro pobre Verlaine. ¡Si vieras con qué amabilidad, con qué delicadeza! Me preguntó de dónde era. Se lo dije y que en nuestro país lo amábamos mucho y que, por eso, el hacía mucho por Francia. Le agregué que yo era profesor de Literatura y que lo estudiaba, lo hacía querer... ¡y lo defendía! (El recuerdo de nuestra conversación con Vaz Ferreira me cruzó como un relámpago). El, entonces, aunque llegar a la tumba es facilísimo, tú lo sabes, me quiso acompañar. Yo no lo consentí. Llegué al recinto 20. Iba a empezar a orientarme, cuando ví a otro guardián. Era viejo, bajo, robusto. Lo menos de 70 años. Pero con una expresión tan bondadosa, tan dulce, tan de abuelo, que decidí valerme de él. ¡Qué extraño, Esther! Llegamos a la tumba cogidos del brazo. Yo llevaba unas humildes margaritas. Había pensado poner una sola flor, una flor hermosa. ¡Pero estas margaritas de aquí son tan iguales a las de nuestro campo; los ramillos de la vendedora eran tan enternecedoramente como en orfandad! Yo creo que los compradores no les hacían caso. Por que de las demás flores ya casi no había en el puesto. Y de ellas quedaban muchas. Elegí un montoncito. La mujer les agregó unas guías con hojas, lo que las atenuó más, las ocultó a medias; parecían menos. Yo había marchado con mi ramo como con ganas de llorar. **Por la adecuación de la ofrenda** al alma de Verlaine, a la mía... ¡y a la tuya, Esther! Porque esas flores las pondría en tu nombre. Después que las deposité, ¡sí vieras con qué cuidado el viejo guardián —con qué cuidado innecesario— las arregló entre las dos flores de porcelana, tristísimas, espantosas — dos rosas, creo, — que había! (No sé si tú las **advertiste**). Luego, ambos nos

quedamos pensativos. Yo acaricié ese como túmulo de cemento que tu conoces. Y conversamos de Verlaine. El sabía que murió en la rue Descartes. Mirando las inscripciones familiares, le expresé que ahora aclaraba yo el misterio de que, habiendo muerto en el V , hubiese sido sepultado allí. ¡Si vieras qué unción había junto a la tumba! Yo le recordé algunos versos. Le conté lo que sucedió con una vieja frutera, al salir el cortejo: Hombres importantes, llegados desde la Academia y desde el Gobierno, se habían **apoderado** del pobre Lélian. Desde los portales, desde las ventanas, las gentes que, sin leerle —¡y qué necesidad!— lo admiraban y lo querían, contemplaban, obligadamente, como ajenos, aquel “apoderamiento”. Puesto ya el ataúd en el coche iba a emprenderse la marcha, cuando la anciana atravesó, frenética, la calle, golpeó con el puño la caja, exclamó: “¡Pablo! ¡Pablo! ¡Tus amigos están allí!” Y señaló a un lado y a otro, abajo y arriba, hacia muchas caras ensombrecidas y con lágrimas.

Después nos dimos la mano. Con una blandura que evidenciaba que no nos separábamos tan pronto. (Olvidaba decirte que, al salir, el guardián con quien hablé primero me vino a saludar. Era una tarde gris. Todavía no “**llovia en la ciudad**”. Pero lloraba en mi corazón como hace años. Como siempre. No quise tomar enseguida el ómnibus. Me puse a caminar por la avenida. Me acompañabas tú. No, no había necesidad de que, en tu última carta, te me ofrecieras por si preciso algo. Lo sé de siempre. Como de Cáceres. ¡Qué paz, qué paz saber que se puede reclinar el alma, en cualquier desfallecimiento, sobre otra alma, como sobre una columna de granito!

Yo, con intermitencias, he pasado mal. Había comenzado a sentirme fuerte, pero tuve un retroceso. Con todo, este mismo atraso me evidenció que ya voy saliendo a flote. Pero como lo que tengo me concede hacerme los gustos, y como, por sobre todo, París me permite estar solo, he aprovechado estos meses en forma más que satisfactoria. Museos, París viejo, con buenos libros ayudadores. Y todo ligándolo bien a mi alma para que ella vaya extrayendo el jugo mientras pueda y en lo que pueda. Creo que a mediados de Junio iré a Israel, a Egipto y a Grecia. Después, pasaré a Italia. He gastado muy poco. Madame Salvage no me ha querido cobrar el Hotel. Tengo dinero suficiente para la vida que haré. Si puedo regresaré en el **Tacoma**. En primer lugar, quiero una cabina para mí solo. En segundo lugar, estaré entre conocidos por cualquier cosa que me pudiera ocurrir.

Bueno, señora, ya ve que carta tan larga; casi abusiva! Lo he estado escribiendo con el mate en la mano. Fumando cigarrillos de que me provee la Embajada, junto con la yerba. No he comprado más que una cajilla de cigarrillos desde que estoy, hace ya 6 meses 1/2, en París. Sáenz se ha comportado conmigo en forma enternecedora. Hasta los remedios me los trae. Ya ves en qué atmósfera de ternura vivo en-

vuelto. Con esto, y el gris que todavía, ¡por suerte!, no consigue disipar la primavera, vivo casi en éxtasis. Un abrazo a los dos de

Paco

Cerca de Las Palmas Julio 1959

Querida Esther: Decidí no pedir más licencia y venir en el **Tacoma**. Fui, ya en los últimos días, a Israel. Pero dos días antes de pasar a la parte de Jerusalem que pertenece a Jordania, estando en Nazareth, debí salir para París. Me quedó, pues, algo muy importante sin visitar. Con todo, viví los días más intensos de mi vida. Ya les contaré. Habrán recibido una postal desde Jerusalem.

En circunstancias extrañas, más extrañas por los sencillas, como natural que fue todo, recibí de manos de un sacerdote, un monje de la Iglesia de la Visitación, cerca de Jerusalem, un rosario de los que se hacen para el Papa, quien suele concederlos a algún visitante de su particular estima, y que no se vende nunca. Son hechos con carocitos de aceitunas del Monte de los Olivos. En el momento de recibirlo, antes de llegar a *mi mano tendida*, pensé, que era para tí, como lo era una cruz sencillísima dos maderitos nada más, que había comprado un poco más abajo, en un convento que hay al pie de la misma montaña de la Visitación, de monjas francesas como princesas; como princesas que cavaron la tierra, restauraron con cal y piedra los muros de fortaleza que rodean al Monasterio, y sonrieron dichosas con sonrisa nunca presenciada por mí. Pero en ese instante, la señora de nuestro ministro, que es muy católica, me dijo: **¡Ay, Espínola, no lo vaya a regalar a nadie! ¡Que sea para su hija y que lo lleve el día de su casamiento!** Delante del monje yo dije que sí. Pero nosotros no somos católicos; Mecha, cuando mayor, quién sabe si lo será. Y, además mi deseo primero y único era ofrecértelo. Quedé muy preocupado y triste. Pero esa noche, solo en el hotel, ya tenía la solución y me puse contento. Yo te regalaré el rosario que tiene gran valor para los religiosos y concede muchísimas indulgencias. Después, será para Mecha. Si es católica, le otorgará el mismo valor que si no lo es, tendrá para ella el valor de venirle de tí y de sus rodeos para llegar a sus manos. Así sabrá ella cuánto te quiso su padre, además. Pero es preciso que ya no estés tú cuando ella lo tenga.

Te llevo, también una postal con flores de Nazaret dispuestas por monjas de uno de sus conventos. Estuve, allí, en la casa de José y de María. Dentro de una Iglesia, se bajan unos escalones de piedra, se entra en un recinto de piedra con una prominencia en forma de mesa, en el centro. Allí, trabajaba el carpintero santo. En el suelo, hay varios huecos

perfectamente circulares. Se guardaba en ellos el aceite, el trigo. Mi madre estaba a mi lado, como después de muerta no lo estuvo jamás con tanta poderosa presencia. Y yo escuché su voz de jazmín, pero no con mis duros oídos actuales sino con los frescos de mis cuatro y cinco años:

**La Virgen lavaba,
San José tendía,
Y el Niño lloraba
del frío que hacía.**

Te das cuenta, Esther, la dicha de mi madre si su viejo hijo le hubiera podido escribir desde Nazareth: "**Mamá, pensando en tí estoy aquí, en el lugar donde Jesús niño lloraba de frío**". Pero no estaba triste. Extrañamente me parecía que no había necesidad de escribir ni de participar nada. Y extrañamente —me sucedió varias veces en los sitios sagrados de Israel— quien andaba allí no era yo sino un lejano que fue. Todo lo que murió a partir de aquellos días, estaba vivo. Y por suerte, para mí, muerto, y bien muerto, todo lo que yo pasé desde aquel entonces. Ya trataré de precisar, de asir, ahora, ese inaudito estado. Te lo evidenciaré y tal vez lo escriba. Fue aquello parecido a lo que debe ser un momento de Gracia. Todo fue nítido, a plena luz, rotundo.

Bueno, Esther, nos acercamos ya a Las Palmas, el barco se mueve un poco y dificulta la escritura; debo escribir a casa y a París y ya no tocamos más puertos hasta Montevideo.

Saludos a Cáceres. Y para tí un abrazo de

Paco

Querida Esther: Recibí tu carta. Pongo hoy en el correo **Cuentos**, que irá por barco. Estaba seguro que el viaje y la estada en España te haría mucho bien. Si te parece, promueve un poco la cosa y mociona para que la Academia y sus correspondientes gestionen el Premio Nóbel de Literatura para el viejo Menéndez Pidal. Es un crimen que muera sin esa satisfacción que merece desde hace 50 años. Con eso, además, honrarás a nuestro país. Y sería bueno que se empezara de inmediato, que antes de terminar el Congreso ya las distintas Academias americanas emprendieran la acción en cada país, a fin de que el movimiento sea abrumador y don Ramón tenga, por lo menos de América, la expresión de su gratitud y de su cariño. Hay que ganar tiempo. Hombre de tan firme fama en el mundo, la iniciativa tendrá una universal resonancia afectiva.

Ahora, a otra cosa. Yo no he podido conseguir aquí la traducción de la **Chanson de Roland** del viejo Martín de Riquer, un erudito en literatura medieval, armado de todo el arsenal técnico como pocos. Sus estudios son una delicia. La

traducción, pues, debe ser muy buena. Las dos nuestras que conozco no lo son. Una, es, simplemente la versión al español de la puesta en francés moderno de —Bédier— que resulta fofa, inexpresiva, deslustrante. Si está agotada acércate a Don Martín, que es académico, y trata de conseguir un ejemplar diciendo que es por necesidad de estudiar religiosamente el poema, alguien que no conoce el francés medieval.

Recibí de la editorial argentina fundada por los que se fueron de EUDEBA la siguiente proposición: entregar unos fragmentos de **Don Juan, el Zorro** para unas 140 páginas de libro, y dar la obra completa el año próximo. El librito saldría en una colección especial, más o menos en Agosto del actual. En el momento de entrar en prensa me adelantan 50.000 pesos nuestros, de derechos. ¿Qué me cuenta, señora? Estoy eufórico. Ya revisé con lupa línea por línea de los tres fragmentos elegidos, que ellos mismos pasarán a máquina. Voy a seguir haciendo lo mismo con el resto. Y, así, bien empapado de la obra, bien vivos en la memoria los múltiples elementos que hay que tener en cuenta, escribiré lo poco que falta. Ya verás. La lengua literaria, casi una lengua muerta, como pasa siempre en los finales de época, sufriendo “un frisson nouveau”. La lengua popular prestando elementos a la otra. Y atravesando lo folklórico. —arrastrando, sin embargo, sus esencias, cuando no, sin miedo, sus testimonios permanentes, indelebles,— el alma de la raza. Con la sorpresa, para muchos, de que se ha mantenido casi idéntica a la de España: “**enorme y delicada**”, como de otra cosa decía tú y mi Verlaine.

Un domingo libre, emperifóllate bien en tu convento y haz una visita en mi nombre al Marqués de Espínola (¡no temas, que es muy gentil!) ¡Pensar que se hizo cargo de los ejércitos en Flandes, después de la derrota que sufrieron, en una de cuyas batallas, la de Las Dunas, murió Rodrigo, el hermano de Cervantes, bajo los ojos, tal vez, de Cristina Clara, la hija de Felipe II e Isabel de Valois, la que motivó la preciosa poesía de don Miguel! ¿Te acuerdas?

**“¿Qué pudo merecer ella
para que en tan breves años
quedase el mundo sin verla?”**

¡La primera manifestación literaria de Cervantes, fue un gemido de piedad! ¡Nadie lo ha advertido! Después... ¡siempre piedad por los demás! Por él, por él una dulce melancolía. Cristina Clara estaba junto a su esposo, Alberto de Austria, el generalísimo. Lo acompañó en toda la campaña. Rodrigo había salido con Cervantes de Italia. Los apresaron juntos en el combate naval y los llevaron juntos al cautiverio de Argel. Pero fue liberado primero. Bueno, señora. Te

escribo desde la Facultad y ya es la hora de salir. Un fuerte abrazo de

Paco

Siempre llamo a Cáceres y él llama siempre.
El programa que presentaste fue aprobado.

Cayó la Comisión del SODRE, al fin.

El sábado murió el pobre Zavala Muniz. Yo fui uno de sus más entrañables amigos. Sin él no pudo ser mi segunda estada en Europa. Hubo grandes discursos en el parlamento y en el cementerio. Escribe a María Julia Garayalde, la esposa.

Dirección: Duvimioso Terra 1656. Piso 7.

27 de marzo de 1968.